

“Los Grandes Retos de la Educación en el Siglo XXI”¹

Federico Mayor Zaragoza²

Agradezco mucho la presentación del profesor Agustín de la Herrán. Y, mientras él hablaba, me acordaba de una anécdota que precisamente me ocurrió estando en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Oxford. Había una señora hablando en una cabina telefónica, de estas típicas de Inglaterra, y un policía, que la estaba mirando, murmuraba: “Esta mujer no termina nunca”. Cuando la mujer salió, el policía le dijo: “Mire, no he querido interrumpirla, pero está usted mal aparcada”. En efecto, enfrente de la cabina telefónica había un magnífico Rolls Royce. Pero la señora le contestó: “Mire, es que mi coche no es ése. Es ése. ¡Pero le agradezco tanto que lo haya pensado!”. Y es que detrás del Rolls estaba su coche, Mini. Y es que, aunque se nos presente como un Rolls Royce, quiero decirles a ustedes que detrás del Rolls Royce que acaban de escuchar, mi vida, que conozco muy bien, se halla un coche más modesto. Se lo digo porque es lógico que en las presentaciones –*Laudatio*– se desplieguen alabanzas. Pero sepan ustedes que todo lo que hacemos es que nuestra trayectoria sea lo más adecuada posible, a nuestras propias reflexiones. Quería rebajar un poco las exageraciones lógicas que le hacen a uno en estas loas introductorias.

Señor presidente, quiero también saludar a D. Fernando Pérez López, porque hace ya algún tiempo me había invitado a la Graduación de la Primera Promoción de Farmacia que terminaba sus estudios -también está aquí el Decano de Farmacia-, y a mí, claro, me hubiera gustado mucho verme en aquel evento, porque los boticarios me interesan, porque aprendemos muchas cosas distintas: Geología, Botánica, Biología, Fisiología Humana, Fisiopatología... Y claro, todo eso nos proporciona un espectro muy amplio de conocimiento. Me hubiera gustado ir en aquel momento a saludar a la primera promoción de mis compañeros farmacéuticos de la Universidad Alfonso X el Sabio. No pude hacerlo entonces. Lo hago hoy, con motivo de este XV Aniversario de esta Universidad, reconocida por ley de 1993, en las Cortes Generales, y que inició su andadura el año siguiente, 1994–95.

Quiero que sepan que me complace mucho estar hoy con este motivo en la Universidad Alfonso X el Sabio. Nació como proyecto empresarial de personas que tienen además un hondo conocimiento de la educación, puesto que durante muchos años han tenido mucho que ver con la educación, en la Segunda Enseñanza. A mí no me gusta llamarla Secundaria. Me gusta llamarlas Educación Inicial, Educación Básica o Primaria, Segunda Enseñanza y Enseñanza Superior. Pues bien, voy a presentarles algunas reflexiones sobre “*La Educación en el Siglo XXI: grandes retos*”.

¹ Transcripción de la conferencia pronunciada el 30 de abril de 2009, dentro del Ciclo de Conferencias “Educación, Ciencia, Cultura y Sociedad”, organizado por la Universidad Alfonso X el Sabio para conmemorar su XV Aniversario. Revisión: Agustín de la Herrán.

² Ex Ministro de Educación. Ex Director General de la UNESCO. Director de la Fundación Cultura de Paz.

Decirles, para empezar, que lo primero que tenemos que hacer es diferenciar la educación de la formación, de la instrucción -así se llamó durante muchos años [la educación]: Instrucción Pública-, y, sobre todo, separarla, diferenciarla de la información. Tenemos hoy muchas herramientas fantásticas de información, tenemos posibilidades, por tanto, de mejorar la formación, tenemos una serie, sobre todo de recursos audiovisuales, tan magníficos, que nos permiten mejorar también como herramientas del proceso formativo, que no sólo es informativo. Pero eso no tiene nada que ver, todavía, con la Educación. Educación es facilitar que la especie humana, una especie distinta que tiene unas facultades exclusivas, pueda ejercerlas en todos sus representantes.

Cada ser humano es un ser único, irrepetible, que se diferencia de los demás. Se diferencia permanentemente. No es que haya salido así, distinto y ya no se mueva. Desde un punto de vista biológico, tenemos las mismas características que todos los demás seres vivos, incluidos los vegetales. Tenemos la misma “moneda”, tenemos el mismo lenguaje, el mismo código genético. Podemos predecir hoy cómo se van a comportar los demás seres vivos, puesto que hemos descifrado el lenguaje de la vida. Podemos ya decir cómo se van a comportar todos los seres vivos, con la excepción, precisamente, del ser humano. El ser humano tiene una cualidad desmesurada, tiene algo que lo hace absolutamente distinto a los demás: crear. Y por tanto, no podemos predecir su comportamiento, porque depende de él mismo. Cada ser humano es único, sólo por el diseño de las huellas ectodérmicas. Sólo por eso podemos diferenciar a seis mil trescientos millones de seres humanos que hoy habitan la Tierra. ¡Qué maravilla!, ¿verdad? Ser cada uno único, cada ser humano hasta el límite de lo imaginable, y por tanto, ser impredecibles en nuestro comportamiento. Poseemos una facultad que es característica, que es exclusiva de la especie humana, que es la capacidad de pensar, la capacidad de inventar. Por eso, cuando se habla de facultades divinas, facultades *extra* del resto de los seres vivos, a mí me cuesta mucho reducir a imágenes antropomórficas a la divinidad. Porque cuando hablamos de un Dios hombre, de un Dios viejo con barbas blancas y también de raza blanca nos referimos a un Dios asimilado a nuestras propias características. Favorecer nuestra capacidad de reflexión, de pensar, de imaginar. Eso es lo que tenemos que hacer. Eso es Educación”.

Creo que la mejor definición de Educación es la de D. Francisco Giner de los Ríos, en los años veinte del siglo pasado cuando dijo: “Educación es dirigir la propia vida”. Esto es educación: que cada ser humano se comporte en virtud de sus propias reflexiones, no actuando al dictado de nadie sino con absoluta libertad. Y ese comportamiento es la expresión máxima de cultura. Nuestra cultura es la que resulta, precisamente, de lo que nosotros hemos heredado, de lo que hemos sentido, de lo que hemos vivido, de lo que recordamos, de lo que olvidamos, de lo que amamos, de lo que rechazamos, de lo que inventamos, de lo que imaginamos, de lo que soñamos. Y todo esto son facultades distintivas de los seres humanos. En todos los demás seres podemos predecir cómo se van a comportar, porque son el resultado inexorable, ineluctable, de las reacciones químicas, del lenguaje químico; mientras que cada ser humano, como les decía, participando de estos mismos procesos biológicos, es capaz de superarlo, puesto que tiene esta capacidad, de pensar, de reflexionar, de ser él mismo, de dirigir su propia vida. En eso, insisto, consiste la educación.

Y por eso tenemos que andar con mucho cuidado porque con frecuencia nos convertimos en espectadores. Con frecuencia nos convertimos en receptores de información y sólo en receptores. Por tanto, poco a poco vamos haciendo lo que nos dictan que hagamos. Poco a poco, en lugar de ser actores que participan, que se expresan, que dicen lo que piensan y que escuchan lo que piensan los demás, nos vamos convirtiendo en espectadores. Espectadores a ver qué hacen, a ver qué dicen, a ver qué pasa. Y nosotros, cada vez más, silenciosos, receptores de información, en lugar de ser emisores de información. Este proceso de uniformización me preocupa mucho. Porque la uniformización va junto a la gregarización. Hacemos lo que nos dicen. Y no pocas veces nos lo dicen desde lejanísimas instancias de poder mediático. Hoy el poder mediático es fantástico y tiene muchas virtudes, pero también tiene muchos peligros. Y entre otros tienen este peligro. Tiene el peligro de que poco a poco nos vayamos uniformizando y, a pesar de que cada uno somos único y distinto, vayamos haciendo lo mismo. Y nos peinemos igual, y nos vistamos igual y comamos igual y todo igual. ‘Uniformización’, ‘gregarización’: cuidado, porque esto es precisamente lo antieducativo. Lo educativo es que cada ser humano se comporte en virtud de su propio pensamiento. Y por tanto vayamos sustituyendo la imposición, el dominio, la fuerza que durante siglos ha prevalecido. Durante siglos hemos sido súbditos que aceptan sin rechistar los designios del poder. Hemos hecho aquello que nos han dicho que hiciésemos, y se ha terminado. Hemos estado durante siglos en una sociedad -hay que decirlo- masculina: el 95% de las decisiones que se han adoptado a lo largo de la historia de la humanidad han sido decisiones masculinas, donde la mujer casi no ha figurado en el escenario del poder. Y hemos hecho, en general, lo que nos han dicho que hiciésemos.

Educación es por tanto promover en cada ser humano la capacidad de crear, de expresarse, de manifestarse, de hacer *nuestro* porvenir. A mí me gusta mucho decir que el porvenir está por hacer. El pasado ya está hecho, y del pasado tenemos que extraer las lecciones, claro que sí. Por eso lo tenemos que conocer, tenemos que saber lo que ha pasado, y tenemos que describir bien el pasado, tenemos que describirlo fidedignamente para que sepamos qué es lo que ocurrió, y que por tanto decidamos lo que nos gusta mantener y lo que lo que nos gusta cambiar. Pero el pasado, que nadie se engañe, el pasado ya está escrito. Lo dijo nada menos que D. Antonio Machado. El pasado ya está escrito, pero tenemos algo maravilloso que hacer todos juntos, que es escribir el futuro. Y escribir un futuro que sea distinto, en la medida en que pensemos que muchas de estas cosas tienen que cambiarse y otras que conservarse. Escribir el futuro: ésta es nuestra gran responsabilidad. Y esta es la responsabilidad de personas educadas. Es decir, de personas que se comportan según su propia reflexión y que son capaces de expresarse, de intercambiar ideas.

Hablando se entiende la gente. Durante siglos, la gente no ha hablado, no se ha expresado. La mayor parte de las personas han permanecido silenciosas. Yo recuerdo -y lo he comentado muchas veces-, cuando en el año 1961 fui como profesor de Bioquímica en mi primera visita a la Unión Soviética. Recuerdo la impresión que me causó aquella seguridad total, aquella seguridad absoluta: paz total, libertad nula. Sospecha total. Recelo total. Miedo. Silencio. El silencio aquél me dejó totalmente impresionado. Regresé muchas veces a la Unión Soviética. Y me traía profesores para que vieran lo que había detrás de aquel muro de silencio. Entonces pensé: “Qué terrible

el silencio de los silenciosos”. Pero, al cabo de poco tiempo, me di cuenta de que había un silencio peor que el silencio de los silenciados: era el silencio de los silenciosos. El silencio de los silenciados por la ignorancia, el silencio de los silenciados por la mordaza y el silencio de los silenciosos que, pudiendo hablar, no lo hacen.

Por tanto, tenemos que saber dirigir con sentido la propia vida y expresar nuestros puntos de vista. Expresarnos tanto personalmente como institucionalmente, para que, entre todos, escribamos, inventemos un futuro distinto. Esto de inventar nuestro futuro, esto de saber que el porvenir está por hacer es lo que nos tiene que dar alas. Es lo que nos tiene que hacer usar nuestra libertad. La educación es un proceso de liberación. ¡Qué bien cuando esto se practica y percibe desde el principio! La educación libera. Quitada de las alas de cada persona las adherencias, las adicciones, todo aquello que puede reducir esta libertad de actuar en virtud de nuestro propio pensamiento, en virtud de nuestra propia meditación. Quiere decir, por tanto que tenemos que hacer una reapropiación del tiempo para la reflexión, para la filosofía, para realmente ser nosotros mismos. Y ser inventores y decir que queremos inventar nuestro destino. No queremos que sea siempre el poder, con esta vertiente mediática, el que dirija nuestros pasos. Queremos que sea cada uno de nosotros el que dirija sus pasos, el que escuche a los demás, el que, en una palabra, se comporte como ciudadano educado.

Les voy a leer unas meditaciones sobre educación. Corresponden a un tiempo de crisis. - Precisamente ahora estamos en un momento de crisis.- Pero conciernen a una crisis mucho peor, porque fue la crisis intelectual que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial. Esta guerra que va del año 39 al 45 utilizó los sistemas más abominables de exterminio y utilizó también el genocidio, el Holocausto, ¡qué terrible! ¿Qué podemos hacer, se preguntaron? He aquí la respuesta en a la Carta de las Naciones Unidas: **“Nosotros los pueblos hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”**. Fíjense que hay tres componentes que son muy importantes de destacar:

- Estas Naciones Unidas, que son sobre todo un gran diseño del presidente norteamericano Roosevelt, comienzan así la Carta: “Nosotros, los pueblos”. Podría decir: “Nosotros, los vencedores” -acababa una guerra horrible-. Podría decir: “Nosotros, los Estados”, “Nosotros, los gobiernos”. No lo dice. Dice: “Nosotros, los pueblos”. Porque, ¿quién tiene que resolver los problemas de los pueblos? Los pueblos. Pero claro, para que sean los pueblos tienen que ser pueblos educados. Tienen que ser pueblos que se guíen por unos valores, por unos principios democráticos, que tengan una representación democrática, que participen. No hay democracia si no hay participación. Si hay silencio, no hay democracia, y por eso, ¡qué bien que diga: “Nosotros, los pueblos”!
- ¿Y qué es lo que resuelven los pueblos? Dice: “Construir la Paz, evitar la guerra”. A partir de ahora, pasaremos de la fuerza a la palabra. A partir de ahora, hablaremos de nuestros problemas. A partir de ahora, lograremos la resolución pacífica de los conflictos.
- Pero lo que es más importante: ¿Por qué hacemos todo esto? “Por las generaciones venideras”. Y quiero que ustedes lo sepan, sobre todo los alumnos. ¿Por qué actuamos de una manera u otra? Porque tenemos una responsabilidad enorme con las generaciones venideras. “Nosotros, los pueblos hemos decidido construir la paz pensando en los que llegan a un paso de nosotros”: Ésta es la

responsabilidad intergeneracional, que es tan importante simultáneamente con “Nosotros, los pueblos”...

Y eso, ¿cómo lo podemos hacer? Con la Educación, la Ciencia y la Cultura. Se utilizan unos versos de un poema de Archibald Mac Leish, que es un poeta norteamericano que, junto a Eleanor Roosevelt, la viuda de Roosevelt, fue uno de los que redactó esta maravilla de la “Declaración Universal los Derechos Humanos”, que fue aprobada en el año 1948. Pues bien, la Constitución de la UNESCO empieza con unos versos que dicen: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben elevarse los baluartes de la paz”. ¿Y cómo se elevan los baluartes de la paz? ¿Cómo se cambia este proverbio perverso de: “Si quieres la paz, prepara la guerra”, que desde los orígenes de los tiempos ha hecho que una sociedad masculina haya preparado siempre la guerra en lugar de haber preparado la paz? ¿Y, por tanto, qué hemos hecho? Hemos hecho aquello para lo que nos hemos preparado. Preparados para la guerra, hacemos la guerra. ¿Cómo podemos hacer la paz si no nos hemos preparado para hacer la paz? Pues bien, para cambiar este refrán perverso se dice que: “A través de la Educación, la Ciencia y la Cultura se construirán los baluartes de la paz en la mente de los hombres”...

Pero, ¿de qué educación estamos hablando? Pues miren ustedes lo que establece la Constitución de la UNESCO, que es un documento de estos que debe leerse cuando se está abatido, desmoralizado. Está escrito en un momento de gran tensión humana. Está hecho en momentos en que “salen” muchas de estas cosas que después nos harán falta. ¿Qué se nos dice en este documento? Que ¿cómo vamos a estar desesperanzados, si creemos en la igual dignidad humana? Es uno de los primeros documentos en los que la dignidad humana ocupa el primer plano ético. *Todos los seres humanos son libres e iguales en dignidad*. “Educación guiada por los principios democráticos”. Fíjense que es una maravilla, que es el primer documento de las Naciones Unidas (y el único) donde se habla de “principios democráticos”. ¿Qué tiene que guiar nuestras acciones? Tienen que guiarlas los principios democráticos de la dignidad, la igualdad y el respeto mutuo... la justicia y la solidaridad”. Y añade: “solidaridad intelectual y moral”. Fíjense que después nos han planteado soluciones a escala mundial basadas en leyes del mercado sustituyendo los principios democráticos de justicia, solidaridad... ¡Qué disparate!

“¿Qué educación tenemos que dar *no sólo* a la gente joven, no sólo a los niños? Esto es otra cosa que quiero subrayar. Educación no es la escuela. Educación es todo, todo en la vida, a lo largo de la vida, y educación para todos, empezando por los que nos gobiernan, por los que en nuestro nombre dirigen las democracias. Ellos son a los primeros a quienes debemos procurar que estos principios educativos sean muy claros. En el artículo primero de la Constitución de la UNESCO se establece: “Tenemos que utilizar métodos educativos adecuados para preparar a los niños del mundo entero a las responsabilidades del hombre libre”. Quiero destacarlo, porque los conceptos de responsabilidad y de libertad son dos grandes conceptos de la educación. Tenemos que procurar que primero sean libres, que no estén condicionados en sus decisiones. Como antes les decía, que actúen en virtud de sus propias reflexiones. Pero después, tenemos que decir, desde el primer momento, que tienen que ser responsables, actuando en virtud, precisamente, de estos conocimientos que han adquirido, de estas reflexiones que han realizado y de la

escucha de los punto de vista de los demás. Estos puntos de vista de los demás se pueden recibir también a través de libros, a través de los medios informativos.

La “Declaración Universal de los Derechos Humanos”, constituye a mi modo de ver, el acontecimiento más importante del siglo XX. Cuando uno dice: “A ver, ¿qué ha pasado en el siglo XX que realmente haya influido en la gente, que haya tenido impacto en la gente?” La “Declaración Universal”. Aconsejo la lectura minuciosa de la “Declaración Universal”: porque: “...procurar el advenimiento de un mundo de seres humanos liberados del temor y de la miseria que disfruten de la libertad de palabra y de creencia”. Fíjense lo que dice: “Liberados del temor y de la miseria”. Es que el miedo ha condicionado a la mayor parte. Cuando releemos la Historia te das cuenta de que hemos actuado con un miedo terrible. Porque, claro, estábamos en espacios -desde un punto de vista tanto espiritual como físico- muy reducido, y estábamos actuando siempre atemorizados. ¿Quién iba a decir cómo y qué vamos a discutir? “¡Esto es indiscutible!”. Y así nos hemos pasado siglos y siglos, siendo súbditos en lugar de ciudadanos democráticos. Y ahora tenemos, en este principio de siglo y de milenio, la gran posibilidad de pasar de súbditos a ciudadanos. Y ser ciudadanos educados. Es decir, que participen. ¡Qué maravilla! ¡Y que participen en la construcción de una gran democracia!

Hay -y lo digo sobre todo pensando en los educadores- un “Plan Mundial de Acción para la Educación en pro de los Derechos Humanos y la Democracia” (Montreal, Canadá, 1993). Después se pasó prácticamente íntegramente a la Reunión de Viena sobre derechos humanos emergentes. Es importante porque seis mil maestros, profesores, educadores de todo el mundo se reunieron para decir cómo podemos educar mejor en los valores: ¿Cómo podemos hacer para que realmente seamos ciudadanos de democracias que nosotros no sólo contemplemos, sino que ayudemos a construir?

También quería mencionar la “Carta de la Tierra”, un documento del año 2000. Seguramente uno de los documentos mejores, más inspiradores, más iluminadores de los caminos del futuro. Tiene, como su nombre indica, el respeto y cuidado de la comunidad de la vida, la integridad ecológica, la justicia social y económica, democracia, no violencia y paz. Y por último, el camino hacia delante, y dice: “Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamamiento a buscar un nuevo comienzo”. Creo que tenemos que emprender un nuevo comienzo. Un nuevo comienzo que sea el resultado de nuestro invento, que no sea el resultado de fórmulas que nos dan y que nosotros aceptamos. Que cada uno de nosotros sepa que puede contribuir a la invención del destino común.

A Jaques Delors, que en el año 1992 era presidente de la Comunidad Europea, le solicité que me ayudara presidiendo una Comisión Mundial para definir la Educación en el siglo XXI, ¿Cuáles eran los grandes retos? Seguramente, ustedes ya los saben: son *aprender a conocer, aprender a hacer* -puesto que conocemos, podemos hacer-, *aprender a ser* -a ser nosotros mismos-. Y añadieron, *aprender a vivir juntos*: Aprender a convivir, aprender a respetar a los demás. Aprender a saber que tienen la misma dignidad que nosotros, sean hombre o mujer, sean blancos o negros, tengan el color de la piel que tengan, la ideología que tengan, la religión que tengan: todos igualmente respetables.

Quiero decir sólo dos palabras, hablando ya de Educación Superior. Son muy importantes y se refieren al conocimiento de la realidad. Si no conocemos la realidad, no la podremos transformar. Y si la conocemos sólo superficialmente, la podremos modificar sólo superficialmente. Por tanto, la tenemos que conocer en profundidad para transformarla, si es necesario, en profundidad. Y en este sentido, quiero decir que pensemos si la mayor parte de las informaciones que recibimos, sobre todo ahora con Internet y con estos métodos fantásticos de información, refleja la realidad. Porque la noticia sólo es aquella realidad insólita, reflejan realidad atípica, realidad extraordinaria. Esa noticia no nos dice nada de la realidad ordinaria. No nos dice nada de todos aquellos que no son noticia, pues no tienen un comportamiento atípico o excepcional. Tenemos que saberlo porque, si sólo vemos lo visible, lo que iluminan los focos de la comunicación no conocemos la realidad. Ellos cumplen con su misión. Los que nos dan las noticias están para darnos las noticias de lo extraordinario, pero no de lo ordinario. Pero nosotros tenemos que cerrar los ojos y ver la realidad en su conjunto. Esto es como si en un cuadro sólo nos iluminan una parte muy pequeña. Y después nosotros, ya con esto, juzgamos el resto. No: tenemos que ser capaces de ver lo invisible.

Esto lo he comentado muchas veces, ya que en mi vida fue muy importante. En el año 1985 estaba escuchando la toma de posesión del Premio Nobel de la Paz, el profesor Bernard Lown, presidente de la Sociedad Norteamericana de Cardiología. Le daban el premio Nobel de la Paz por lo que había hecho en favor del desarme, sobre todo, el desarme nuclear. Y al final de su discurso, dijo: “Cuidado con ver sólo los visibles”. Porque si vemos los visibles, vemos lo atípico, lo excepcional. Pero tenemos que ver el conjunto de la realidad. Tenemos que ver –dijo- “los invisibles”. Tenemos que cerrar los ojos y ver aquello que no nos reflejan los medios de comunicación. Y terminó su discurso fantástico diciendo: “Porque sólo en la medida en que seamos capaces de ver los invisibles, seremos capaces de hacer los imposibles”. Para hacer los imposibles hoy posibles mañana, tenemos que ver los invisibles. Tenemos que ver la realidad en su conjunto. Esto es lo que tenemos que hacer los científicos. Esto es lo que tenemos que hacer los educadores: tenemos que procurar que todos veamos el conjunto de la realidad, para que podamos comparar. La comparación es una base ética. No hay, en realidad, solidaridad a escala mundial, si no vemos el conjunto de la humanidad, si no conocemos la realidad en su conjunto.

Hay veces que no valoramos lo que tenemos. No damos precio, no “apreciamos” lo que tenemos. Cuando era director general de la UNESCO -lo he contado muchas veces- invité a jóvenes y adolescentes de muchos países del mundo, sobre todo de países en desarrollo, a visitar Europa. Al final vinieron a la sede, que estaba en París. Había muchísimos jóvenes de todo el mundo. Y les pregunté: “¿Qué es lo que más les ha gustado, lo que más les ha impresionado?” Rápidamente, un chico africano levantó la mano y dijo: “El grifo”. Lo que más le había gustado, lo que más le había impresionado era el grifo, porque muchos de aquellos niños, para poder beber un poco de agua, tenían que acompañar a su madre en largas caminatas a buscar unos litros de agua, que luego tenían que hervir, porque si no, no podían utilizarla. Ellos sabían lo que valía cada gota de este grifo, que veían que nosotros abríamos, y que no sólo daba agua potable, sino agua caliente o fría, pues ellos no tenían agua, ni fría, ni caliente. La tenían que ir a buscar -ya les digo-, con tantos esfuerzos. Luego tenían que ir a buscar la leña para poder hervirla. Hay que

comparar. Hay que comparar con todos aquellos que no tienen electricidad, que por tanto no tienen la ventaja de todos estos utensilios que tanto nos ayudan desde el punto de vista de bienestar material. No lo tienen. Mil millones de personas no tienen acceso al agua potable. ¡Esto es una vergüenza! ¡Una vergüenza pensar que gastamos cada día tres mil millones de dólares en armas, cuando mueren de hambre, de hambre, más de sesenta mil personas! Ahora estamos todos muy preocupados porque el virus H1N1 puede, efectivamente, afectarnos. Pero sesenta mil personas se mueren de hambre todos los días y nadie está preocupado. ¿Por qué? Pues porque aceptamos que el actual sistema tiene estos “efectos colaterales”. Tenemos el conocimiento, tenemos la capacidad de acción, tenemos que saber cuáles son estas grandes deficiencias, para, de esta manera, comparando, poder sacar nuestras propias conclusiones.

Como antes indicaba, finalmente, señor presidente, quiero hacer unas reflexiones sobre Educación Superior. Sobre lo que representó la Conferencia del año 1998, una serie de libros recientes excelentes, publicados por la Universidad Politécnica de Cataluña, que dirige el seguimiento de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior de la UNESCO (1998). Hace bien poco ha aparecido la última de las comunicaciones de este grupo internacional y acaba de aparecer también un libro muy bueno sobre Educación Superior, publicado por la OCDE. Lo digo, porque no voy a entrar en detalles. Sólo voy a destacar alguno de los aspectos que me parecen más esenciales.

La Universidad, no sólo como formación de profesionales, no sólo como difusión de conocimientos -que es muy importante- sino como contribución al acervo mundial del conocimiento. Pero tiene que hacer más que esto. La Universidad, la Educación Superior, tiene que convertirse en el faro que ilumine los caminos del mañana. Tenemos que tener esta capacidad de orientar las decisiones de los gobiernos democráticos, nunca sometidos al poder, pero sí junto al poder.

¿Cómo puede ser que un parlamento -que viene de *parlare*, por cierto- trate, por ejemplo, el tema de la peste de un virus nuevo? Éste es un virus hipervariable, como el virus de la gripe aviar, que es de las aves, no de los humanos. Este virus es porcino, pero hay una mutación que puede hacer que se transmita en la especie humana: es una epizootia. ¡Ustedes imagínese a los parlamentarios decidiendo en estos temas, sin tener, lógicamente, ni idea de ellos! Además, no tienen por qué tener idea. ¿Por qué hablan de la “capa de ozono”? ¿Qué saben ellos, cuando hablan de las “vacas locas”? ¿Qué saben, cuando hablan de los “transgénicos”? ¿Qué saben, cuando hablan de las centrales nucleares? La Universidades tenemos la obligación de estar junto a los parlamentarios, no sometidos a ellos. Pero sí para ilustrarles, para ayudarles al cumplimiento de su misión. La comunidad académica, la comunidad científica, tenemos que ser faro. Pero tenemos que ser más que faro, tenemos que ser torre de vigía. Porque no hay nada mejor que evitar que los problemas se planteen. *Saber para prever, prever para prevenir*. Y para eso, lo que tenemos que hacer es ser capaces, precisamente, de aportar una serie de conocimientos, una serie de alertas antes de que se produzca una situación. Es decir, ser capaces de diseñar escenarios de futuro, de tal manera que advirtamos a tiempo sobre las tendencias actuales que pueden conducir a una situación inconveniente, que puede evitarse.

Prever. Les puedo asegurar que en toda mi vida, nada de lo que he hecho me ha compensado más que el “Plan de Prevención de la Subnormalidad Infantil” (hoy se llama “Plan de Prevención de las Discapacidades”). ¡Qué maravilla pensar que estos casos irreversibles de deterioro mental podemos evitarlos si adoptamos las medidas a tiempo! Se han evitado miles de casos, ¡qué maravilla! Que, ¿por qué? Pues porque hemos aplicado el conocimiento para prevenir. De la misma manera evitar la guerra a las generaciones venideras. Evitar a las generaciones venideras todo aquello que hoy el conocimiento ya nos permite prever. Repito; *saber para prever, prever para prevenir*. Pero, para eso, para todo eso, tenemos no sólo que *aprender a conocer y aprender a hacer*: tenemos que *aprender a atrevernos*. No nos atrevemos. En general, no nos atrevemos.

He recordado con frecuencia el día en que llegué a Oxford, cuando era un joven catedrático de Bioquímica en 1966. Llegué al Condado de Oxford y vi en su emblema: “Sapere aude”, *atrévete a saber*. Pero cuando vine de Oxford, al cabo de los años, pensaba: hay algo más difícil y mejor que atreverse a saber. Es “saber atreverse”. Porque, si sólo nos atrevemos a saber, pero después no nos atrevemos, no servirá para nada.

Me gusta estar al lado de los empresarios, porque son precisamente ellos los que se atreven. Normalmente, y por eso es muy importante la unión entre la Academia y el mundo empresarial, se atreven. Hace muchos años, mi padre, que era un empresario hecho a sí mismo -no tenía Educación Superior y fue un gran empresario- me decía que “el riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil”. Si no nos atrevemos a aplicar el conocimiento, no sirve para nada. Era el año 1948. Yo leía a Camus, era joven. ¡Cuánto me impresionó! el final del capítulo de uno de sus libros, que decía: “Les desprecio, porque pudiendo tanto se atreven a tan poco”.

¡Que no nos lo digan las generaciones que vienen a un paso de las nuestras!, señor presidente. Que sepan que, al menos, hemos sido capaces no sólo de generar conocimientos, no sólo de difundir conocimientos, sino que nos hemos atrevido a utilizarlos, nos hemos atrevido con este conocimiento a ser faro y a ser torre de vigía. Nos hemos atrevido a hacer esta gran transición de la fuerza a la palabra, que es aquella que puede favorecer en mayor grado a las generaciones venideras.

Federico Mayor
30 de abril de 2009.